

nuestros primeros padres, y trastornó los planes bondadosos del Señor. Entonces la naturaleza recobró sus terribles derechos de afligir al hombre con toda suerte de dolores hasta dar con él, extinguida la vida material, en el sepulcro. Entonces fué cuando la muerte y todas las penalidades naturales adquirieron el carácter de pena y castigo para el hombre, conforme á estas palabras del sagrado Libro: «El fuego, el granizo, el hambre y la muerte, todas estas cosas fueron creadas para la venganza.»<sup>1</sup> «Espinas y abrojos germinará la tierra para ti»<sup>2</sup>, dijo Dios al hombre pecador. Y en el libro de la Sabiduría se dice: «Dios no hizo la muerte ni se alegra en la perdición de los vivos, porque Él crió é hizo todas las cosas; mas los impíos con sus propias manos y con sus palabras se la buscaron.»<sup>3</sup> He aquí, pues, carísimos hermanos, la causa original, y como el manantial fecundo de todas nuestras penas y tribulaciones. Enséñalo el apóstol San Pablo, escribiendo á los romanos: «Por el pecado entró la muerte en el mundo, y se extendió y abrazó á todos los hombres.»<sup>4</sup> No podía ser de otra manera, puesto que la culpa es verdadera causa de la pena, y no sólo de la pena eterna, sino también de la temporal. Supuesto el pecado, dice un escritor ascético, fué necesario que hubiese justicia, y que con el orden de la pena se ordenase y reparase el desorden de la culpa. Así lo reconoció el buen ladrón cuando dijo á su mal compañero: «Nosotros estamos aquí recibiendo el castigo merecido por nuestros malos hechos.»<sup>5</sup> Pero, ¿cómo no han de venir sobre nosotros torrentes de males y castigos, si al pecado original, raíz y fuente de todos los otros pecados, añadimos los hombres otros infinitos actuales en el discurso de nuestra vida? Con razón puede decir todo hombre, aun el que haya guardado la inocencia: *Peccavi*

<sup>1</sup> Eccli. 39, 35.<sup>2</sup> Gen. 3, 18.<sup>3</sup> Sap. 1, 13.<sup>4</sup> Rom. 5, 12.<sup>5</sup> Luc. 23, 41.

*et vere deliqui*<sup>1</sup>—«Pequé y verdaderamente delinquí, y no he sido castigado como lo merecía.» Dios calla y tolera, pero de vez en cuando deja oír el trueno amenazador de su justicia ofendida. El pecador impenitente, hecho enemigo gratuito de Dios, conculcador protervo de las leyes divinas, ¿cómo no teme exponerse al rigor de la venganza del cielo? ¿no sabe que el dueño y señor de las criaturas se sirve de ellas mismas para ejecutar sus tremendos castigos? El día del juicio final dará la gran batalla contra sus enemigos, los pecadores de todos los siglos, y para combatirlos y aniquilarlos armará, dice la Escritura, á todas las criaturas, y peleará con Él todo el orbe contra los insensatos<sup>2</sup>. Aquél será el día de la grande y extrema tribulación<sup>3</sup>. Las tribulaciones presentes no son sino ligeras escaramuzas, y como ensayos de aquella batalla campal, en que los enemigos de Dios no quedarán destruídos sólo para poder ser atormentados por toda la eternidad.

8. Por otro punto de vista podemos considerar la tribulación como efecto del pecado, no ya como castigo sino como amarga pero necesaria medicina. «Entienda el hombre», dice San Agustín, «que Dios es médico, y que la tribulación es medicina para sanarle, y no pena para condenarle.»<sup>4</sup> Por eso al amenazar el Señor con el castigo á los pecadores no omite hablar de su misericordia para con los que guardan sus mandamientos. Es porque Dios es padre misericordioso en sus mismos castigos temporales. De donde infiere San Agustín que quien no es del número de los atribulados, no es tampoco del número de los hijos. Ya hemos visto cómo dispone la tribulación para la penitencia, inclinando el corazón del hombre al arrepentimiento y detestación de los pecados. Es, pues, un medio eficacísimo para que el pecador vuelva sobre sus pasos, se detenga

<sup>1</sup> Iob 33, 27.<sup>2</sup> Sap. 5, 18. 21.<sup>3</sup> Matth. 24, 26.<sup>4</sup> In Ps. 21.

en la carrera de su perdición y se salve. ¡Oh preciosa y bendita medicina que solamente amarga para dar salud y vida eterna! Y aunque fuese cauterio que quema y abrasa, si tal remedio fuese necesario, debería el hombre cuerdo rogar á Dios que se lo aplicase, como lo hacía el mismo santo Doctor diciendo: *Hic ure, hic seca, hic non parcas, ut in æternum parcas*—«Señor, quema aquí, corta aquí, no perdones en este mundo, con tal que me perdones en el otro que es eterno.»<sup>1</sup> ¡Ah! cristianos: nos lamentamos tanto de las adversidades que padecemos, y no advertimos que son el reclamo misericordioso de un Padre que nos llama á penitencia, ya que andamos tan desviados y entretenidos en nuestros desórdenes. *Peccati penam sentimus, et peccandi pertinaciam non amittimus*—«Duélenos la pena de nuestros pecados, mas ni por esto dejamos la mala costumbre de pecar.»<sup>2</sup> Esto debiéramos hacer inmediatamente, si de veras quisiéramos que Dios alzase de nosotros la vara de la tribulación.

9. Provócanle todos nuestros pecados en general, pero no puede dudarse que hay algunos que por su especial malicia y gravedad atraen sobre nuestras cabezas los rayos de la divina justicia. Tal es el primero de los pecados capitales, la soberbia, esa soberbia de que habla el Profeta, de los que aborrecen á Dios, que va siempre subiendo como las hinchadas olas del mar entumecido y orgulloso<sup>3</sup>. En mil pasajes de la sagrada Escritura consta cuánto aborrece Dios á los soberbios y también cómo los confunde y anonada. «Tu arrogancia y la soberbia de tu corazón te engañó», decía Dios por Jeremías al pueblo de Idumea. «Tú que habitas en los huecos de las rocas, tratas de ganar las alturas del collado. Cuando alzares como el águila tu nido, de allí te derribaré», dice el Señor<sup>4</sup>. Y ¿con qué castigos tan terribles no amenaza Dios á su pueblo escogido

<sup>1</sup> S. August.<sup>2</sup> Idem.<sup>3</sup> Ps. 73, 23.<sup>4</sup> Jer. 49, 16.

por haberse dejado dominar de la soberbia? «Yo haré que se pudra la soberbia de Judá y la soberbia de Jerusalén que es mucha, yo arrojaré de mí como vil harapo á este pueblo perverso que no quiere oír mis palabras y anda entregado á la pravedad de su corazón. . . . Oíd atentamente, no queráis ensalzaros, porque el Señor ha hablado. Dad gloria al Señor Dios vuestro antes que vengan las tinieblas. . . . Humillaos porque cayó de vuestra cabeza la corona de vuestra gloria<sup>1</sup>. ¿Lo veis? las mayores tribulaciones que pueden sobrevenir á una nación entera, la devastación más completa y la maldición divina son el efecto indefectible de la soberbia. Nada parece que provoca más la indignación del Todopoderoso. «Al soberbio», dicen los Proverbios, «sigue la humillación, así como al humilde le espera la gloria<sup>2</sup>. La humildísima Virgen de Nazaret cantó en su cántico, como hazaña de Dios: «Desbarató á los soberbios dispersando los vanos pensamientos de su corazón.»<sup>3</sup> Dios, pues, que tiene empeño en resistir los soberbios<sup>4</sup>, ¿de qué manera los abatirá más eficazmente que abrumándolos bajo el peso de la tribulación? Entonces, postrado en una cama por larga y penosa enfermedad, ó devorando una atroz calumnia, ó reducido á la indigencia, ó hecho el ludibrio de las gentes, ¿qué hará el orgulloso que antes se creía tan grande que despreciaba al mismo Dios, pensando poder pasar sin Él, como si se bastara á sí mismo; qué hará sino confundirse y humillarse reconociendo su vileza y pequeñez, la impotencia de sus fuerzas, la nada á que se encuentra reducido, y restituir de esta manera al Señor la gloria que le había usurpado? Humillémonos, por tanto, hermanos míos, como nos amonesta San Pedro, á fin de que nos ensalce la poderosa mano de Dios en el día de la tribulación<sup>5</sup>.

10. Pero no es sólo la soberbia la que atrae sobre nosotros el castigo de las tribulaciones, eslo también ese otro

<sup>1</sup> Jer. 13 per tot.<sup>2</sup> Prov. 29, 23.<sup>3</sup> Luc. 1, 51.<sup>4</sup> I Petr. 5, 5.<sup>5</sup> Ibid. 5, 6.

vicio que tan directamente se opone á la santidad de Dios y á la dignidad del hombre en cuya frente brilla la imagen de la Divinidad. Hablo del vicio de la sensualidad, foco, por su naturaleza misma, de corrupción y de miserias. Todo exceso, todo abuso del placer, y mucho más del deleite sensual, trae consigo su pena y castigo en la necesaria reacción de debilidad, fatiga y agotamiento de energías que produce. ¿Qué extraño, pues, que la lujuria siembre por todas partes gérmenes de muerte corporal y espiritual, y sea un verdadero incendio abrasador del individuo, de la familia y de la sociedad entera? ¿Qué extraño que sea fuente cenagosa de tribulaciones? Omíto enumerar las mil penalidades á que da origen este infame vicio, por ser de todos demasiado conocidas, pero no puedo menos de llamar vuestra atención sobre lo que ofende á la Majestad divina y, por consiguiente, provoca su justicia á castigarlo. No tenemos que hacer más que evocar las horrendas escenas del diluvio universal y del incendio de Pentápolis. ¿Cuál fué la causa de aquel espantoso cataclismo en que pereció todo el género humano en masa, no sobreviviendo más que ocho individuos para que la humanidad no se extinguiera? Bien claro nos lo dice la sagrada Escritura: *Omnis caro corruperat viam suam* — «Toda carne había corrompido su camino»<sup>1</sup>, expresión figurada que nos deja comprender los excesos de inmoralidad á que se había entregado la degradada descendencia de Adán. Y si volvemos los ojos para mirar con espanto las llamas devoradoras de la inmundia Sodoma, ¿qué nos dicen sino que el grito de aquellas desvergüenzas y torpezas sin nombre reclamaba del cielo la más pronta y ejemplar venganza que vieron los siglos?<sup>2</sup> ¡Ah! carísimos oyentes ¿cómo no temblamos viendo que, á pesar de tan terribles escarmientos, la sensualidad lo invade todo y la ola de la inmoralidad amenaza convertir la sociedad

<sup>1</sup> Gen. 6, 12.<sup>2</sup> Ibid. 18, 20.

en reflejo de la antigua Sodoma? ¿Cómo no ha de venir sobre esa nube de pecadores otra nube de calamidades?

11. Y ¿qué desastres no prepara también la irreligión, cada día más franca y descarada? ¿No se advierten ya bastante, en el seno mismo de los países católicos, los avances de la impiedad que se burla de la fe de los creyentes? ¿No se jactan ya los pretendidos sabios, de hacer profesión de materialismo ateo? ¿Qué será de nosotros si la irreligión, tolerada y aun favorecida por las modernas libertades, llega á apoderarse de las masas, después de haber gangrenado las altas capas sociales? Que Dios se hará sentir por medio del azote de la tribulación, á fin de que le reconozcan y confiesen, á su pesar, el indiferente, el materialista y el ateo. El olvido de Dios, el abandono de su culto, la habitual infracción de los preceptos que se refieren á la religión van preparando la general apostasía de los pueblos, la cual infaliblemente atraerá sobre las naciones modernas los mismos castigos y ruinas que cayeron sobre los famosos imperios de la antigüedad. Ya lo están anunciando las catástrofes sociales de nuestros días.

12. ¿Cuál será, pues, el remedio de la mayor parte de nuestros tribulaciones cuya causa es el pecado? Salta á la vista que no puede ser otro sino la destrucción del pecado mismo, pues á la supresión de la causa tiene que seguirse la cesación del efecto, según el conocido axioma: *Sublata causa, tollitur effectus*. Y ¿cuál es el antídoto de la culpa sino la penitencia? He aquí, pues, hermanos carísimos, el verdadero puerto de salvación en el gran naufragio de las tribulaciones públicas y privadas: la pronta y sincera penitencia. ¿Recordáis lo que decía Jesucristo aludiendo á los dieciocho muertos sobre quienes se desplomó la torre de Siloé? «¿Pensáis», decía, «que esos desgraciados eran los únicos culpados entre todos los habitantes de Jerusalén? No por cierto: lo que yo digo es que, si no hicieris penitencia, todos pereceréis del mismo

modo.»<sup>1</sup> Pereceremos pues, no lo dudéis, víctimas de la justicia de Dios, si no la desarmamos al instante con la humilde confesión de nuestras culpas y la reforma de nuestras desordenadas costumbres. Así lo entendía y practicaba con buen éxito aquel antiguo pueblo de Israel, que en el colmo de sus angustias, acosado por la muerte, volvía á Dios arrepentido y lloroso. *Cum occideret eos, quærebant Eum, et revertabantur*<sup>2</sup>. Así lo entendieron también los hermanos del virtuoso José, cuando en su tribulación reconocieron el justo castigo de su crueldad para con su inocente hermano. «Con razón padecemos», decían, «porque pecamos contra nuestro hermano.»<sup>3</sup> Digamos, pues, también nosotros: Señor, razón tenéis de castigarnos, pues os tenemos ofendido á Vos que sois nuestro Dios y nuestro Padre. Justo sois, y justos son también vuestros castigos. Nosotros aceptamos con espíritu de penitencia la tribulación que nos enviáis; concedednos fuerzas suficientes para sobrellevarla con resignación<sup>4</sup>. Si así lo hiciéremos, hermanos carísimos, aquel Dios que es todo bondad y misericordia, y que no nos castiga sino para corregirnos y librarnos de la pena eterna, se apiadará pronto de nosotros y no sólo nos perdonará nuestras culpas, sino que alzaré de nosotros su pesada mano y nos librará de la aflicción que padecemos. Y si tardare en socorrernos, acudamos á la poderosa mediación de la que es Madre de pecadores y Consoladora de afligidos. Sus ruegos vencerán todas las resistencias, y no se hará mucho de esperar el auxilio apetecido. Bien veo que así lo suele hacer el católico pueblo que me escucha, y yo no puedo menos de felicitarlo por su ilimitada confianza en María, y de augurarle, como fruto de su piedad acendrada, días de prosperidad y bonanza en el tiempo, y cumplida bienaventuranza en el cielo. Así sea.

<sup>1</sup> Luc. 13, 5.    <sup>2</sup> Ps. 77, 34.    <sup>3</sup> Gen. 42, 21.    <sup>4</sup> *S. Alf. de Ligorio*, op. cit.

## TRIDUO DE SERMONES PARA EL TIEMPO DEL JUBILEO.

(Predicados en Cartagena de Colombia, 1901.)

### PRIMER SERMÓN.

#### Causas de estar muerta la fe.

Fides sine operibus mortua est.

Iac. 2, 26.

1. Es un hecho, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, que la fe está muerta, ó por lo menos aletargada y adormecida en gran número de cristianos, por no decir en la gran mayoría, aun de los católicos ó hijos de la verdadera Iglesia de Jesucristo. Es una triste verdad que no necesita de pruebas, pues salta á la vista con la terrible evidencia de los hechos pavorosos. Parece que hubiéramos llegado á los tiempos de la segunda venida del Mesías, de los cuales se dijo: «Cuando venga á juzgar el Hijo del Hombre, ¿pensáis que hallará fe en la tierra?»<sup>1</sup> Si la fe, que no va acompañada de buenas obras, es, según la doctrina del apóstol Santiago, una fe muerta, incapaz de producir la salvación<sup>2</sup>, decidme ¿qué deberemos juzgar de la fe de esos cristianos que no sólo no practican obras de piedad, de misericordia y de justicia, sino que arrastran una vida de desorden, que no es otra cosa que una larga y pesada cadena de obras de tinieblas<sup>3</sup>, de aquellas obras del demonio que el Hijo de Dios vino á destruir?<sup>4</sup> ¿Es

<sup>1</sup> Luc. 18, 8.    <sup>2</sup> Iac. 2, 14.    <sup>3</sup> Rom. 13, 12.    <sup>4</sup> 1 Io. 3, 8.